

EL CUENTO

Autor: Antropomaniaco

—¡Mamá! ¿Leemos un cuento hoy?

La madre miró el reloj. Las 21:05. Miró a su hija. Su sonrisa ocupaba toda la cara y los ojos muy abiertos. Abrió la boca y tomó aire despacio.

—Vale, Maire, uno cortito.

—¡Bien!

Maire no cabía en sí de felicidad. El rito de leer un cuento antes de dormir se había convertido en uno de los mejores momentos del día. Su madre lo sabía y siempre que podía la satisfacía, incluso aquellos días que ya se había hecho ciertamente tarde y que debía estar dormida.

Maire se adelantó correteando y se dirigió a su cuarto sin esperar.

Iria sabía que, como aquella noche, cuando se acostaban tarde no solía ser culpa de su hija... Así que no podía hacer que perdiera un buen momento por algo ajeno.

Cuando llegó al cuarto, Maire estaba sentada en la cama. Había quitado el edredón y la sábana y estaba lista y esperando. Iria sonrió.

—Mamá, ya estoy lista... para que no se haga más tarde.

Miró con complicidad y sintió que debía reforzar aquella conducta.

—Muy bien hija... Tienes ganas del cuento ¿eh? —Maire asintió exageradamente – Venga, tumbate.

Maire obedeció con velocidad.

Iria se acercó y la tapó. Le dio un beso en la frente.

—Tándas, cuento para Maire...

«Claro, ¿Cuál? —respondió la voz impersonal del asistente»

—¡Las habichuelas mágicas! —exclamó la niña, prácticamente sin dejar acabar al asistente.

Iria arqueó las cejas mientras asentía con una sonrisa.

—Tándas, Jack y las habichuelas mágicas. Con imágenes, por favor. Versión resumida. Al terminar, apaga las luces.

Acto seguido se proyectó una luz blanca sobre el techo.

Unos segundos después comenzaron a proyectarse las imágenes del cuento. Al instante, Tándas inició la narración con una entonación envidiable:

«Hace mucho, mucho tiempo, vivía un niño llamado Jack con su madre en una pequeña casita en el campo. Eran pobres, tan pobres que un día ya no les quedó nada de comida...»

Iria salió del cuarto.

—Buenas noches, hija —dijo desde la puerta.

Nadie contestó.

Tras ello, cerró con suavidad y dejó allí su hija escuchando la dulce voz del Smart Assistant del domicilio relatando el cuento.

Con paso lento, se dirigió al salón. Sacó el smartphone y, sin apartar la vista de la pantalla, se sentó junto a su pareja. Resopló con fuerza mientras se acomodaba en el sofá.

—¿La has leído un cuento?

No se dirigieron la mirada. Ambos estaban con la mente ocupada.

—Sí, se ha quedado con Tándas.

—Es tarde ¿versión resumida?

—Sí, sí.

—Bien... es mejor que no se acostumbre a dormirse tarde. Luego le cuesta madrugar.

—Ya sabes que le encantan los cuentos y hoy hemos llegado tarde por nuestra culpa. No teníamos que habernos quedado hasta el final del partido.

—Sí, solo digo que mejor que duerman más horas.

—Estoy cansada, me iré a la cama pronto.

El silencio inundó la estancia tras las últimas palabras. Ambos siguieron atentos a sus dispositivos.

Mientras en la habitación, Tándas terminaba el cuento.

«...Desde entonces, Jack y su madre vivieron felices. Con las monedas de oro, la gallina que ponía huevos de oro y el arpa mágica, nunca más pasaron hambre. Y Jack aprendió que la valentía y un poco de suerte pueden cambiarlo todo...»

«Buenas noches princesa... —Añadió cambiando la entonación de forma ostensible.»

La luz de la habitación fue menguando con suavidad hasta quedar en una penumbra que permitía ver en cierta medida.

—¡Te quiero, Tándas!

Maire se giró y cerró los ojos, sonriente.

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, *FICTOGRAMA.COM*, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por Antropomaniaco